

Matthew Reilly

Antártida: Estación polar

Traducción de María Otero González



Libros publicados de Matthew Reilly

1. El templo
2. Antártida: Estación polar

Título original: *Ice Station*
Primera edición

© Matthew Reilly, 1998

Ilustración de portada: © Opalworks

Diseño de colección: Alonso Esteban y Dinamic Duo

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2009, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24. Pol. Industrial «El Alquitón».
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es
www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-496-0 Depósito Legal: B-27394-2009

Impreso por Litografía Rosés S. A.
Energía, 11-27
08850 Gavà (Barcelona)
Printed in Spain - Impreso en España

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos. 9

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24. Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey. Madrid; o un correo electrónico a **informacion@lafactoriadeideas.es**, que indique claramente:
INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS

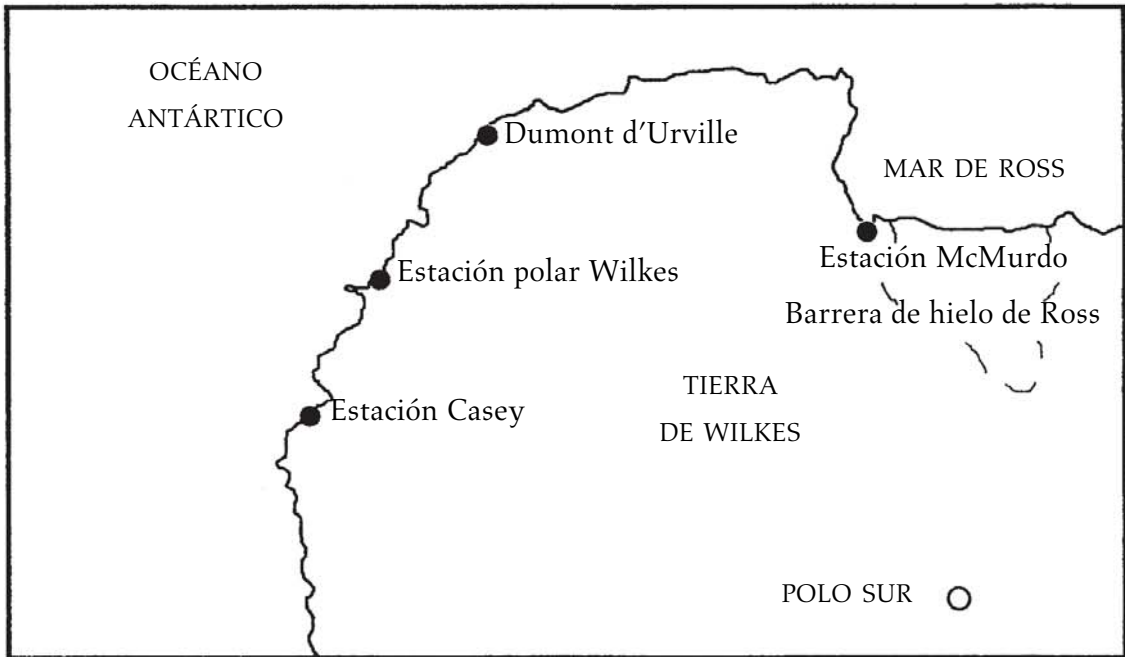
Para Natalie

Agradecimientos

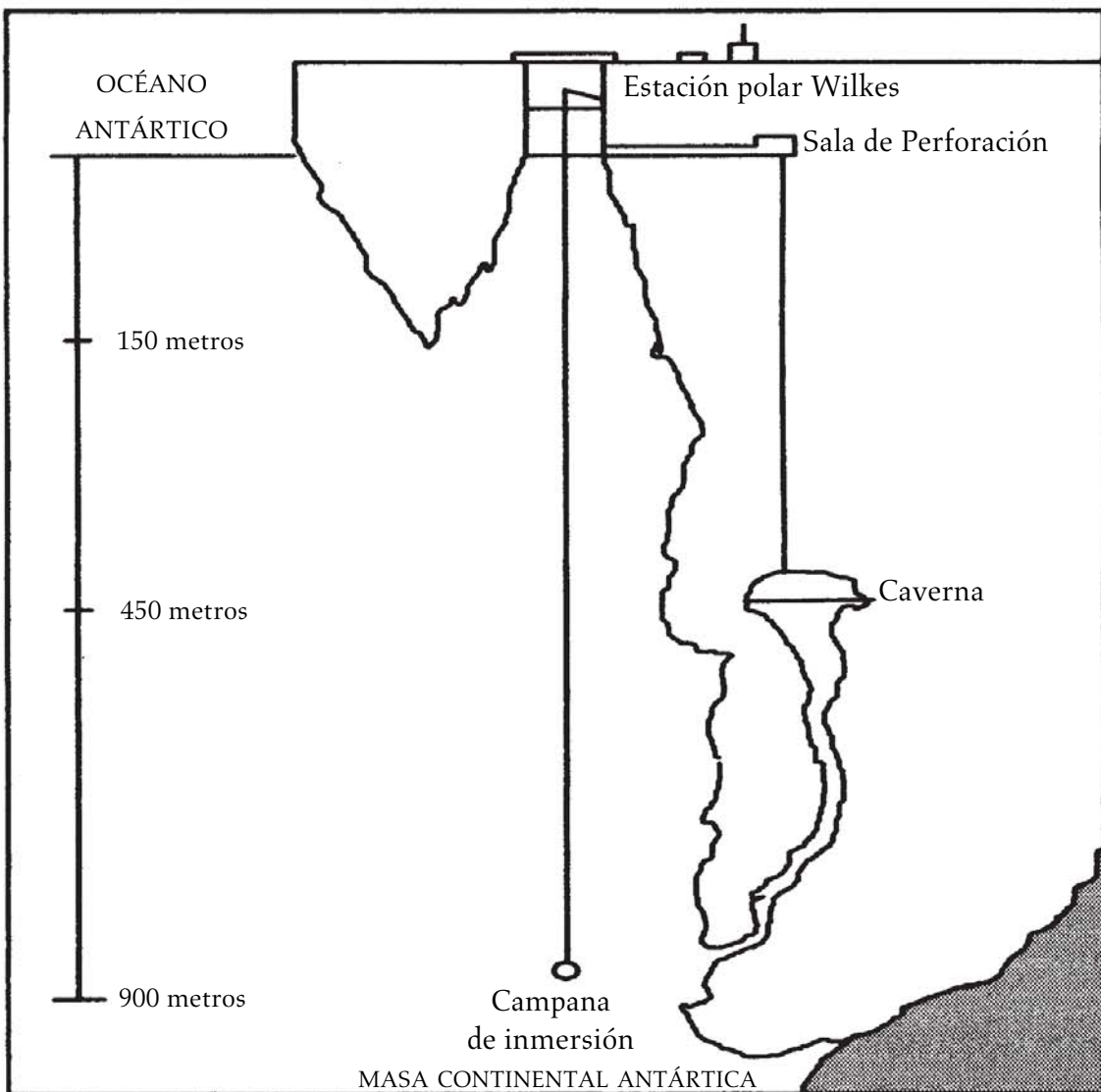
En esta ocasión debo dar las gracias muy especialmente a Natalie Freer, la persona más generosa y sincera que conozco. A Stephen Reilly, mi hermano y buen amigo; mi fiel apoyo a pesar de los miles de kilómetros que nos separan. A mi madre por sus comentarios sobre el texto, a mi padre por los lamentables títulos que me sugirió y a los dos por su amor y apoyo. Y, por último, me gustaría dar las gracias a todas las personas que trabajan en Pan (en concreto a mis editoras, Cate Paterson y Madonna Duffy; primero, por «descubrirme» y, segundo, por soportar todas mis descabelladas ideas).

A todos ellos, jamás infravaloréis el poder del apoyo que me disteis.

SUDESTE DE LA ANTÁRTIDA

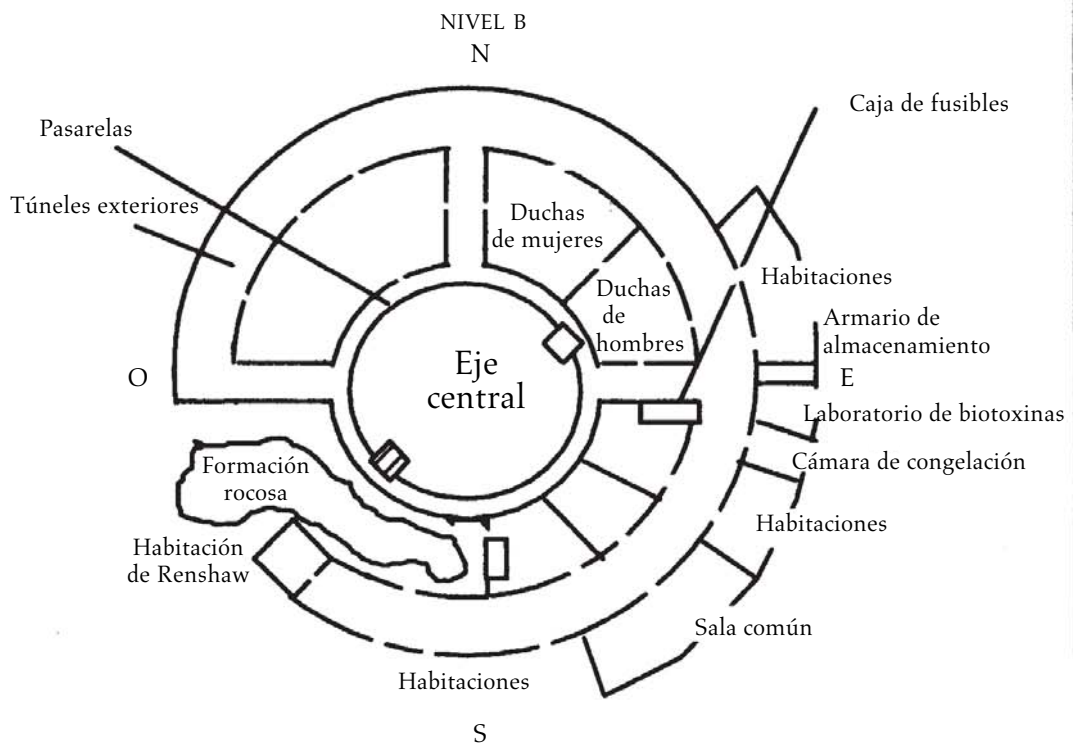
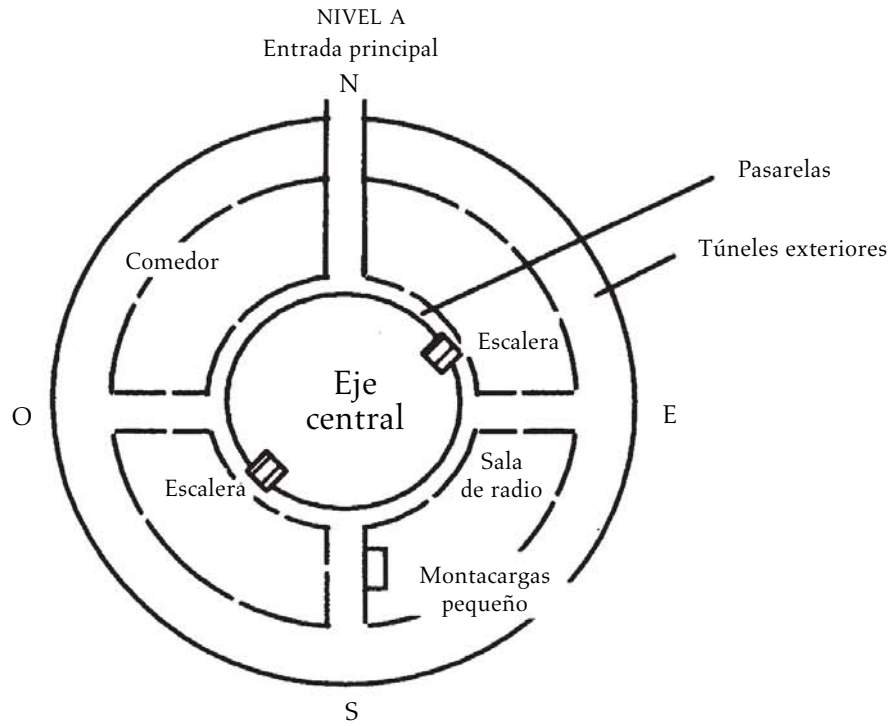


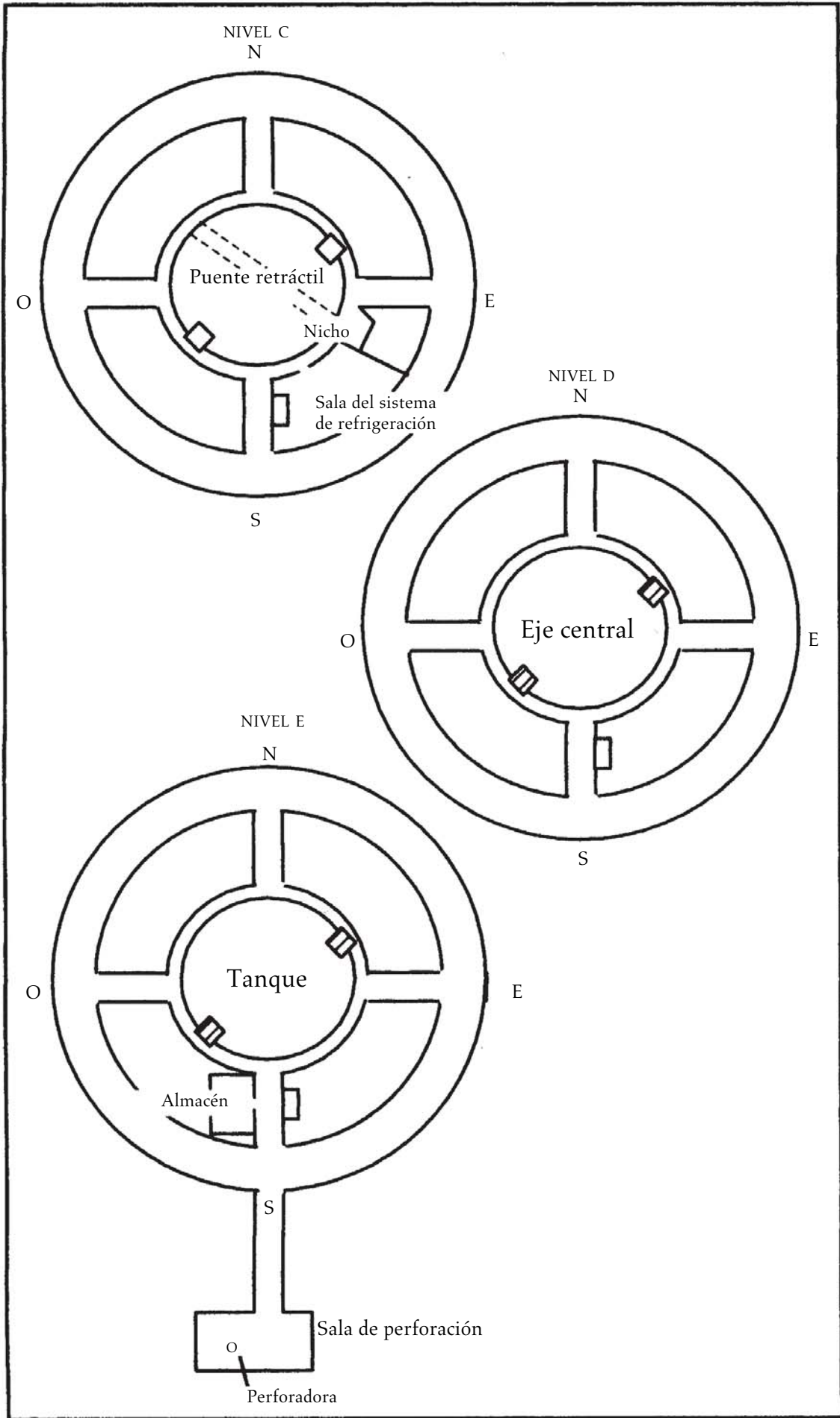
PLATAFORMA DE HIELO DE LA ANTÁRTIDA



ESTACIÓN POLAR WILKES

TIERRA DE WILKES





Introducción

Jonathan Kendrick,
Conferencias de Cambridge: «Antártida.
el continente vivo»,
ponencia realizada en el Trinity College
el 17 de marzo de 1995.

Imaginen por un momento un continente que durante tres meses del año duplica su volumen. Un continente en constante movimiento; un movimiento que es imperceptible para el ojo humano, pero que, sin embargo, es devastador.

Imaginen que pudieran mirar desde el cielo a esa masa inmensa y cubierta de nieve. Verían entonces las marcas de ese movimiento: olas enormes que golpean los glaciares, rodean las montañas y caen como cascadas capturadas en una película fotográfica.

Esta es la «imponente inercia» de la que hablaba Eugene Linden. Y si nosotros, al igual que Linden, imaginamos que estamos mirando esa imagen a través de una fotografía *time-lapse* (o con tomas a intervalos prefijados) tomadas durante miles de años, entonces sí veremos ese movimiento.

Treinta centímetros de movimiento cada año no parece demasiado en tiempo real, pero en intervalos prefijados, los glaciares se convierten en ríos de hielo; hielo que se mueve grácil y libremente, con una potencia impresionante e imparable.

¿Impresionante? Desde aquí percibo su incredulidad. ¿Treinta centímetros al año? ¿Qué daño podría hacer eso?

Pues déjenme decirles que mucho. Para sus bolsillos. ¿Sabían que el Gobierno británico ha tenido que reemplazar la estación Halley en cuatro ocasiones? Verán, al igual que muchas de las estaciones de investigación de la Antártida, la estación Halley está construida bajo tierra, enterrada en el hielo, pero un desplazamiento de solo treinta centímetros al año resquebraja sus muros y comba de manera considerable sus techos.

La cuestión aquí es que los muros de la estación Halley se encuentran bajo mucha, mucha presión. Todo ese hielo se desplaza hacia el exterior, avanza inexorablemente hacia el mar, quiere llegar al mar (para conocer mundo en forma de iceberg, podrían decir), y no está dispuesto a que algo tan insignificante como una estación de investigación se interponga en su camino.

Aun así, Gran Bretaña no ha salido muy mal parada de estos desplazamientos de hielo si lo comparamos con las estaciones de otros países.

Piensen en 1986, cuando la plataforma de hielo Filchner alumbró un iceberg del tamaño de Luxemburgo en el mar de Weddell. Trece mil kilómetros cuadra-

dos de hielo se separaron de la masa continental... Ilevándose consigo la base Belgrano I, una estación argentina abandonada, y la estación de verano soviética Druzhnaya. Al parecer, los soviéticos tenían previsto usar Druzhnaya ese verano. Se pasaron los tres meses siguientes buscando su base extraviada entre los tres enormes icebergs que se habían originado por el desplazamiento de hielo. Y la encontraron. Con el tiempo, pero la encontraron.

Estados Unidos ha tenido menos suerte incluso. En la década de los sesenta, ese país vio cómo sus cinco estaciones Little America quedaban aisladas en icebergs.

Damas y caballeros, el mensaje que podemos sacar de todo esto es bastante sencillo. Lo que parece yermo, puede no serlo. Lo que parece una tierra baldía, puede no serlo. Lo que parece inánime, puede no serlo.

No. Cuando miren la Antártida, no se dejen engañar. No están mirando una roca cubierta de hielo. Están mirando un continente vivo, un continente que respira.

Extracto de Watergate,
William Goldridge,
Nueva York, Wylie, 1980.

Capítulo 6

El Pentágono

[...] De lo que no existe apenas constancia escrita, sin embargo, es del fuerte vínculo que Richard Nixon forjó con sus consejeros militares, especialmente con un coronel de la Fuerza Aérea llamado Otto Niemeyer...» [Pág. 80]

[...] Tras el escándalo del Watergate, sin embargo, nadie sabe a ciencia cierta qué ocurrió con Niemeyer. Era el enlace de Nixon con el Estado Mayor Conjunto de los Estados Unidos, una persona de su confianza que tenía acceso a la información confidencial del grupo. Su ascenso a coronel coincidió con la dimisión de Nixon, pero Niemeyer gozó de algo de lo que muy pocos pueden presumir: la confianza del presidente.

Sin embargo, lo que resulta sorprendente es que, tras la dimisión de Nixon en 1974, apenas si se puede encontrar información referente a Otto Niemeyer. Permaneció en el Estado Mayor Conjunto de los Estados Unidos durante los mandatos presidenciales de Ford y Carter como un participante silencioso y reservado hasta el año 1979, cuando su puesto quedó vacante de improviso.

La Administración Carter jamás explicó los motivos de la destitución de Niemeyer. Otto Niemeyer no estaba casado; se rumoreaba

que era homosexual. Vivía en la academia militar de Arlington, solo. Muy poca gente afirmaba abiertamente ser amigo suyo. Viajaba con frecuencia, a menudo a «destinos desconocidos», y sus compañeros de trabajo no sospecharon nada cuando se ausentó del Pentágono durante algunos días en diciembre de 1979.

El problema reside en que Otto Niemeyer jamás regresó...
[Pág. 86.]

Estación polar

Prólogo

Tierra de Wilkes, Antártida

13 de junio

Habían transcurrido tres horas desde que perdieran el contacto por radio con los dos buzos.

El descenso había transcurrido sin problemas, a pesar de la profundidad. Price y Davis eran los buzos más experimentados de la estación y habían estado conversando animadamente por el intercomunicador durante todo el descenso.

Tras detenerse a mitad de camino para proceder a la represurización, habían proseguido el descenso hasta llegar a los novecientos metros de profundidad, donde habían abandonado la campana de inmersión y habían comenzado su ascenso diagonal por una caverna de estrechas paredes de hielo.

La temperatura del agua era estable: 1,9° centígrados. Desde hacía tan solo dos años, el buceo en la Antártida se había visto restringido (a causa del frío) a inmersiones de diez minutos extremadamente efímeras y, desde un punto de vista científico, extremadamente insatisfactorias. Sin embargo, gracias a unos nuevos trajes termoeléctricos fabricados por la Armada, los buzos podían mantener una temperatura corporal estable en las aguas casi congeladas del continente durante al menos tres horas.

Los dos buzos habían seguido conversando a través del intercomunicador mientras ascendían por el empinado túnel submarino de hielo; habían descrito la textura agrietada y desigual del hielo y comentado el color azul cielo, casi angelical, de este.

Y, de repente, habían dejado de hablar.

Habían divisado la superficie.

Los dos buzos contemplaron la superficie del agua desde abajo.

Estaba oscuro. Las aguas permanecían calmas. Anormalmente calmas. Ni siquiera una leve onda rompía aquella superficie plana y brillante. Siguieron buceando en dirección ascendente.

De repente escucharon un ruido.

Los dos buzos se detuvieron.

Al principio solo fue un silbido inquietante, un silbido que resonó en las aguas cristalinas y gélidas. Pensaron que se trataría del canto de ballenas.

Podría tratarse de orcas. Recientemente habían visto a un grupo de orcas merodeando por la estación. Un par de ellas (dos machos jóvenes) había adquirido el hábito de subir en busca de aire a la superficie del tanque que se encontraba en la base de la estación polar Wilkes.

Lo más probable, sin embargo, era que se tratara de una ballena azul que dirigía su canto a un macho, a quizá cinco o seis millas de la costa. Pero ese era el problema con el canto de las ballenas: el agua es un conductor tan potente que resultaba imposible saber si la ballena se encontraba a una o a diez millas de distancia.

Más tranquilos, los dos buzos procedieron con el ascenso.

Fue entonces cuando el primer silbido obtuvo respuesta.

De repente, cerca de una docena de silbidos similares comenzaron a resonar por la densa superficie acuática, envolviendo a los dos buzos. Eran más fuertes que el primer silbido.

Más cercanos.

Los buzos se giraron en todas direcciones, flotando en las cristalinas aguas azules, buscando la procedencia de aquel ruido. Uno de ellos cogió el fusil lanzaarpones que llevaba en bandolera y montó el percutor. De repente aquellos agudos silbidos se convirtieron en alaridos y gemidos.

Y, en ese preciso instante, se escuchó un golpe seco. Los dos buzos alzaron la cabeza en el momento en que la vidriosa superficie del agua rompió en miles de ondas cuando algo de enormes dimensiones cayó al agua, justo encima de ellos.

La enorme campana de inmersión alcanzó la superficie con un sonoro *plaf*.

Benjamin K. Austin daba vueltas alrededor del borde del tanque mientras bramaba órdenes sin cesar. Un traje de buceo negro de un material térmico aislante ceñía su ancho y fornido pecho. Austin era biólogo marino y había estudiado en Stanford. También era la persona al mando de la estación polar Wilkes.

—¡De acuerdo! ¡Manténgala ahí! —gritó Austin al joven técnico que se encargaba de los controles del cabrestante en el nivel C—. Muy bien, damas y caballeros. No hay tiempo que perder. Entren dentro.

Seis figuras ataviadas con trajes de buceo se colocaron alrededor del borde del tanque y se zambulleron una tras otra en las gélidas aguas. Unos segundos después entraron en la enorme y combada campana de inmersión, que en esos instantes se hallaba medio sumergida en el centro del tanque.

Austin se encontraba en el borde del enorme y redondo tanque que conformaba la base de la estación polar Wilkes. Esta, con sus cinco niveles de profundidad, era una apartada estación de investigación costera, un gigantesco cilindro subterráneo que había sido literalmente tallado en la plataforma de hielo. Una serie de estrechas pasarelas y escaleras rodeaban la circunferencia del cilindro vertical, creando un eje circular de considerable tamaño en la parte central de la estación. Las entradas de acceso conducían a las pasarelas, al interior del hielo, conformando así los cinco niveles diferentes de la estación. Al igual que muchos otros antes que ellos, el personal que residía en Wilkes hacía tiempo que había descubierto que la mejor manera de soportar las duras condiciones climatológicas polares era vivir bajo ellas.

Austin cogió su equipo de submarinismo y repitió por enésima vez la ecuación en su cabeza.

Tres horas desde que se había perdido el contacto por radio con los buzos. Antes de que eso ocurriera, una hora de buceo mientras ascendían por el túnel de hielo. Y una hora de descenso en la campana de inmersión...

En la campana de inmersión habrían estado respirando el suministro de heliox, por lo que ese tiempo no contaba. El reloj solo empezó a correr cuando salieron de la campana de inmersión y comenzaron a usar la botella de aire comprimido.

Cuatro horas, entonces.

Los dos buzos habían respirado el aire de las botellas durante cuatro horas.

El problema residía en que sus botellas solo contenían aire para tres.

Y para Austin aquello había supuesto toda una encrucijada.

Las últimas palabras que tanto él como los demás habían escuchado de los dos buzos (antes de que comenzaran las interferencias y la señal de radio se cortara) fueron palabras de preocupación por unos silbidos extraños.

Por un lado, los silbidos podían haber provenido de cualquier cosa: ballenas enanas, azules o cualquier otro tipo de misticeto inofensivo. Y que hubiesen perdido la señal de la radio podía deberse a alguna interferencia causada por cerca de medio kilómetro de hielo y agua. Con los datos de que disponía Austin, lo lógico era suponer que los dos buzos habían dado la vuelta inmediatamente y habían comenzado el trayecto de regreso (de una hora de duración) a la campana de inmersión. Haber ordenado que subieran la campana antes de tiempo los habría dejado en graves dificultades, sin tiempo ni aire suficiente en las botellas.

Por otro lado, si los buzos se hubieran encontrado con algún tipo de problema (orcas, focas leopardo), entonces sin duda Austin habría querido que subieran la

campana de inmersión tan rápido como fuera posible para mandar a alguien en su ayuda.

Al final, había concluido que cualquier ayuda que pudiera enviar (para lo que tendría que haber subido la campana de inmersión y hacerla descender de nuevo) habría llegado demasiado tarde. Si Price y Davis tenían alguna posibilidad de sobrevivir, la mejor opción era no subir la campana de inmersión.

Eso había sido hacía tres horas, y ese era el tiempo máximo que Austin estaba dispuesto a concederles. Por ello había ordenado que subieran la campana de inmersión. Un segundo grupo se estaba preparando en ese momento para bajar.

—¡Eh!

Austin se volvió. Sarah Hensleigh, una de los paleontólogos de la estación, se acercó a su lado.

A Austin le gustaba Hensleigh. Era inteligente, pero, al mismo tiempo, sensata y fuerte; no temía ensuciarse las manos. No le sorprendió enterarse de que también era madre. Su hija de doce años, Kirsty, había llegado la semana pasada para visitar la estación.

—¿Qué ocurre? —dijo Austin.

—La oscilación de la antena de la parte superior de la estación es correcta, pero no logramos enviar la señal —dijo Hensleigh—. También parece que se acerca una erupción solar.

—Oh, mierda...

—Tengo a Abby haciendo un barrido de todas las frecuencias militares por si sirviera de algo, pero yo no me haría demasiadas ilusiones.

—¿Y fuera?

—Las cosas no pintan bien. Tenemos olas de veinticinco metros golpeando los acantilados y rachas de viento de ciento ochenta y cinco kilómetros por hora en la superficie. Si tenemos algún herido, nosotros solos no podremos sacarlo de aquí.

Austin se volvió para mirar la campana de inmersión.

—¿Y Renshaw?

—Sigue encerrado en su habitación. —Hensleigh alzó nerviosamente la vista al nivel B.

Austin dijo:

—No podemos esperar más. Tenemos que bajar.

Hensleigh se lo quedó mirando.

—Ben... —comenzó.

—Ni lo piense, Sarah. —Austin comenzó a alejarse de ella y se dirigió hacia el borde del tanque—. La necesito aquí arriba. Y su hija también. Consiga que se reciba nuestra señal. Nosotros iremos por ellos.

—Llegando a novecientos metros. —La voz de Austin resonó por los altavoces de pared.

Sarah Hensleigh se hallaba sentada en el interior de la oscura sala de radio de la estación polar Wilkes.

—Recibido, *Mawson* —dijo al micrófono que tenía ante sí.

—No parece haber ninguna actividad en el exterior, control. No hay moros en la costa. De acuerdo, damas y caballeros, vamos a detener el cabrestante. Prepárense para abandonar la campana de inmersión.

A un kilómetro por debajo del nivel del mar, la campana de inmersión se detuvo.

En el interior, Austin activó su intercomunicador.

—Control, confirmación de hora. Son las 21.32 horas.

Los siete buzos sentados en el interior del limitado espacio de la *Douglas Mawson* se miraron tensamente entre sí.

La voz de Hensleigh se escuchó por el altavoz.

—Recibido, *Mawson*. Hora confirmada a las 21.32 horas.

—Control, anote que volvemos a utilizar nuestro suministro de aire autónomo a las 21.32 horas.

—*Anotado*.

Los siete buzos se colocaron los pesados cascos de buceo y sujetaron los enganches en las hebillas circulares de sus trajes, situadas a la altura de las clavículas.

—Control, nos disponemos a salir de la campana de inmersión.

Austin dio un paso al frente. Se detuvo un instante para contemplar el tanque negro de agua que chapaleaba contra el borde de la campana de inmersión. A continuación se zambulló en la oscuridad.

—Hora: 22.20. Tiempo de buceo: cuarenta y ocho minutos. Informe de la situación —dijo Hensleigh por su micro.

En el interior de la sala de radio, detrás de Sarah, estaba sentada Abby Sinclair, la meteoróloga de la estación. Durante las últimas dos horas Abby había estado manejando la consola de la radio por satélite, intentando sin éxito contactar con una frecuencia exterior.

Se escuchó un ruido de fondo a través del intercomunicador y la voz de Austin respondió.

—Control, seguimos ascendiendo por el túnel de hielo. Sin novedad por el momento.

—Recibido, equipo —dijo Hensleigh—. Manténganos informados.

Tras ella, Abby pulsó de nuevo el botón de comunicación.

—Llamando a todas las frecuencias, aquí la estación cuatro-cero-nueve. Repito. Aquí la estación cuatro-cero-nueve. Solicitamos ayuda inmediata. Tenemos dos bajas, posiblemente víctimas mortales, y necesitamos refuerzos inmediatos. Por favor, respondan.

Abby soltó el botón y dijo para sí misma:

—Alguien, quien sea.

El túnel de hielo comenzó a ensancharse.

Conforme Austin y los otros buzos fueron ascendiendo por el túnel, se percataron de la existencia de varios extraños agujeros en las paredes del túnel submarino.

Cada agujero era perfectamente redondo, de al menos tres metros de diámetro. Y todos estaban dispuestos en pendiente de forma tal que descendían por el túnel de hielo. Uno de los buzos enfocó con la linterna uno de los agujeros, pero la luz de esta solo reveló una oscuridad impenetrable.

De repente la voz de Austin irrumpió en los intercomunicadores.

—De acuerdo, no se separen. Creo que puedo ver la superficie.

En la sala de radio, Sarah Hensleigh se inclinó hacia adelante para escuchar la voz de Austin por el intercomunicador.

—Superficie en calma. Ni rastro de Price o Davis.

Hensleigh y Abby se miraron. Hensleigh pulsó su intercomunicador.

—Equipo, aquí control. ¿Qué hay de los ruidos que mencionaron? ¿Han podido escuchar algo? ¿Algún canto de ballenas?

—Aún no, control. Espere, voy a salir a la superficie.

El casco de Austin quebró la vítrea superficie.

Conforme las gélidas aguas fueron escurriéndose por la superficie del casco, Austin comenzó a vislumbrar dónde se encontraba. Se hallaba flotando en medio de una enorme charca que, a su vez, se encontraba en un extremo de una gigantesca caverna subterránea.

Austin giró sobre sí lentamente, observando una tras otra las paredes que se alineaban verticalmente alrededor de la caverna.

Entonces vio la última pared.

Se quedó boquiabierto.

—Control, no van a creer esto —irrumpió la voz atónita de Austin por el intercomunicador.

—¿Qué ocurre, Ben? —dijo Hensleigh por el micro.

—Estoy contemplando una especie de caverna. Las paredes son verticales, de hielo. Probablemente sea consecuencia de alguna actividad sísmica. Desconozco la superficie de la caverna, pero parece extenderse varios metros en el hielo.

—*Mmm.*

—Hay, esto..., hay algo más aquí abajo, Sarah.

Hensleigh miró a Abby y frunció el ceño. Pulsó el intercomunicador.

—¿De qué se trata, Ben?

—Sarah... —Se produjo una larga pausa—. Sarah, creo que tengo ante mí una nave espacial.

Estaba medio sepultada en la pared de hielo que tenía tras de sí.

Austin la contempló embelesado.

Era completamente negra, y tenía una envergadura de unos veintiocho metros. Dos aerodinámicas colas dorsales se erguían en el aire sobre la parte trasera de la nave. Sin embargo, los dos alerones se encontraban incrustados por completo en la pared de hielo situada tras ella; dos masas imprecisas atrapadas en el interior de una pared de hielo transparente. La nave se alzaba sobre tres imponentes puntales de aterrizaje. Era espléndida, la elegancia aerodinámica llevada al extremo. Y emanaba una sensación de poder que casi parecía tangible...

A sus espaldas se escuchó un chapoteo y Austin se volvió.

Vio a los otros buzos, flotando en el agua tras él, contemplando la nave espacial. Tras ellos, sin embargo, vio cómo se expandía un grupo de ondas. El rastro, o eso parecía, de un objeto que había caído al agua.

—¿Qué ha sido eso? —dijo Austin—. ¿Hanson?

—Ben, no sé lo que era, pero algo acaba de pasar...

Sin previo aviso, Hanson fue engullido por el agua.

—¡Hanson!

Y entonces se escuchó otro grito. Harry Cox.

Austin se giró en el preciso instante en que el lomo resbaladizo de un enorme animal se elevó sobre la superficie del agua y golpeó a tremenda velocidad el pecho de Cox, empujándolo bajo las aguas.

Austin comenzó a nadar desesperadamente hacia la orilla. Mientras nadaba, metió la cabeza en el agua y de repente sus oídos se vieron asaltados por una cacofonía de sonidos: silbidos agudos y estridentes, y gritos roncos y desesperados.

Cuando volvió a sacar la cabeza, vislumbró las paredes de hielo que rodeaban la charca de agua. Vio unos enormes agujeros en el hielo, justo por encima de la superficie. Eran exactamente iguales que los que había visto con anterioridad en el túnel de hielo.

De repente, Austin vio salir algo de uno de los agujeros.

—¡Santo Dios! —musitó.

Horribles y espantosos gritos se escucharon por el intercomunicador.

En la sala de radio de la estación polar, una Hensleigh anonadada contemplaba en silencio la parpadeante consola que tenía ante sí. A su lado, Abby se cubría la boca con la mano. Los gritos de terror resonaban a través de los altavoces de pared:

—¡Raymonds!

—¡No está!

—Oh, mierda, no...

—¡Dios mío, las paredes! ¡Están saliendo de las putas paredes!

Y, de repente, la voz de Austin.

—¡Salgan del agua! ¡Salgan del agua ahora!

Otro grito. Y a continuación otro.

Sarah agarró su micro.

—¡Ben! ¡Ben! ¿Me recibe?

La voz de Austin crepitó por el intercomunicador. Hablaba atropelladamente y con la respiración entrecortada.

—Sarah, mierda, no... No veo a nadie. No puedo... No están... No está ninguno... —Una pausa y, a continuación—: ¡Oh, Dios mío! ¡Sarah! ¡Pida ayuda! ¡Pida...!

Y entonces un ruido de cristales rotos resonó por el intercomunicador y la voz de Benjamin Austin ya no se oyó.

Abby estaba con la radio, gritando al micrófono, presa de la histeria.

—Por el amor de Dios, ¡que alguien me responda! Aquí la estación 409, repito, aquí la estación cuatro-cero-nueve. ¡Acabamos de sufrir numerosas pérdidas en una caverna submarina y solicitamos ayuda inmediata! ¿Alguien puede oírme? ¡Que alguien me responda, por favor! Nuestros buzos, oh Dios mío, nuestros buzos dijeron que habían visto una especie de nave espacial en esa caverna y ahora, ¡ahora hemos perdido contacto con ellos! En la última comunicación que hemos tenido con ellos dijeron estar siendo atacados, atacados bajo el agua...

La estación polar Wilkes no recibió respuesta a su señal de socorro.

A pesar de que fue recibida por, al menos, tres instalaciones radioeléctricas distintas.

Primera incursión
16 de junio, 06.30 horas

El aerodeslizador avanzaba a toda velocidad por la superficie helada.

Estaba pintado de color blanco, algo inusual. La mayoría de los vehículos de la Antártida tenían un color naranja brillante por cuestiones de visibilidad. Y atravesaba la vasta extensión de nieve con un apremio sorprendente. Nadie tiene nunca prisa en la Antártida.

Dentro del veloz aerodeslizador blanco, el teniente Shane Schofield observaba detenidamente el exterior a través de las ventanas de fibra de vidrio reforzadas. A unos cien metros de la proa de estribor se podía ver un segundo aerodeslizador, también blanco, que surcaba a toda velocidad el llano y helado paisaje.

Shane Schofield, treinta y dos años, era demasiado joven para estar al frente de una unidad de reconocimiento. Pero poseía una experiencia que no dejaba traslucir su verdadera edad. Era delgado y musculoso, con un rostro de bonitas facciones (aunque curtido) y pelo negro muy corto. En ese momento, su pelo moreno estaba cubierto por un casco de camuflaje de kevlar. El cuello vuelto de un jersey gris asomaba bajo las protecciones de los hombros. Bajo los pliegues de ese cuello vuelto llevaba una placa de kevlar ligera. Protección frente a francotiradores.

Se rumoreaba que Shane Schofield tenía los ojos de un azul profundo, pero se trataba de un rumor que nunca había sido confirmado. Es más, en Parris Island (el legendario campo de entrenamiento del cuerpo de Marines de los Estados Unidos), se decía que nadie con un rango inferior al de general había visto los ojos de Schofield. Siempre los llevaba ocultos tras unas gafas plateadas reflectantes y antideslucos.

Su distintivo no hacía sino añadir más misterio a su figura, pues todo el mundo sabía que había sido el mismísimo general de brigada Norman W. McLean quien le había dado su alias operativo, un sobrenombre que, según muchos daban por sentado, tenía que ver con los ojos que el joven teniente siempre ocultaba.

—*Whistler Uno*, ¿me recibe?

Schofield cogió su radio.

—*Whistler Dos*, aquí *Whistler Uno*. ¿Qué ocurre?

—Señor... —La voz grave del sargento de personal Buck *Libro* Riley se vio interrumpida de repente por las interferencias. Durante las últimas veinticuatro horas, las condiciones ionosféricas en la Antártida se habían deteriorado con gran

rapidez. Una erupción solar había golpeado con toda su fuerza en la masa continental, afectando a todo el espectro electromagnético y limitando el contacto por radio a transmisiones UHF de corto alcance. El contacto entre los aerodeslizadores, a cien metros de distancia entre sí, era difícil. El contacto con la estación polar Wilkes, su destino, era imposible.

Las interferencias desaparecieron y la voz de Riley volvió a escucharse por el altavoz.

—Señor, ¿recuerda ese contacto móvil que captamos hace cerca de una hora?

—Sí —dijo Schofield.

Durante la última hora, el *Whistler Dos* había estado recibiendo emisiones del equipo electrónico de un vehículo que avanzaba en dirección contraria, de vuelta a la costa, hacia la estación de investigación francesa Dumont d'Urville.

—¿Qué ocurre?

—Señor, ya no recibo esa señal.

Schofield bajó la mirada hacia la radio.

—¿Está seguro?

—No tenemos ninguna lectura en nuestros indicadores. O bien han apagado el motor o simplemente han desaparecido.

Schofield frunció el ceño pensativo. A continuación echó un vistazo al estrecho compartimento para personal situado tras él. Allí se encontraban cuatro marines, dos sentados a cada lado, todos ellos provistos de ropa de nieve. En sus regazos descansaban cascos de kevlar grises y blancos, y chalecos antibalas del mismo color cubrían sus pechos. Cada uno de ellos llevaba a su lado un fusil automático también gris y blanco.

Habían transcurrido dos días desde que la señal de socorro de la estación polar Wilkes fuera captada por el *Shreveport*, el barco de desembarco de la Armada, mientras este se encontraba amarrado en el puerto de Sídney. Quiso la suerte que solo una semana antes se hubiera decidido que el *Shreveport*, un buque de despliegue que se empleaba para transportar unidades de reconocimiento del cuerpo de Marines, permaneciera en Sídney para que le fueran realizadas unas reparaciones urgentes mientras el resto del grupo regresaba a Pearl Harbor. Así, transcurrida una hora desde la recepción de la señal de socorro de Abby Sinclair, el *Shreveport* (reparado y listo para navegar) ya se encontraba en el mar, portando consigo un pelotón de marines rumbo al sur, en dirección al mar de Ross.

En ese momento, Schofield y su unidad se estaban acercando a la estación polar Wilkes desde la estación McMurdo, otra instalación de investigación estadounidense (si bien esta de mayores dimensiones) situada a algo menos de mil quinientos kilómetros de la estación Wilkes. McMurdo estaba situada al borde del golfo del mar de Ross y en ella trabajaba durante todo el año una plantilla permanente compuesta por ciento cuatro personas. A pesar del perdurable estigma asociado al desastroso experimento nuclear que la Armada estadouni-

dense llevó a cabo en allí 1972, la estación McMurdo seguía siendo la entrada estadounidense al Polo Sur.

Wilkes, por otro lado, era la estación más remota que se podía encontrar en la Antártida. A más de novecientos cincuenta kilómetros de su vecino más próximo, se trataba de un puesto de avanzada estadounidense situado encima de una plataforma de hielo costera no muy alejada de la lengua de hielo de Dalton. Limitaba en su parte continental con cientos de kilómetros de llanuras de hielo estériles azotadas por increíbles rachas viento y, al mar, con más de noventa metros de imponentes acantilados que eran golpeados durante todo el año por enormes olas de casi veinte metros de altura.

El acceso por aire había sido descartado. El invierno acababa de empezar y tormentas de nieve de treinta grados bajo cero llevaban asolando el campamento durante tres semanas. Se esperaba que estas ventiscas se prolongaran durante cuatro semanas más. Con unas condiciones climáticas tales, los rotores expuestos del helicóptero y los turborreactores se congelarían en mitad del vuelo.

Y el acceso por mar implicaba acceder por los acantilados. La Armada estadounidense tenía una palabra para definir una misión así: suicidio.

Lo que solo dejaba el acceso por tierra. Con aerodeslizadores. Los doce hombres que conformaban la unidad de reconocimiento de los marines realizarían el trayecto de once horas entre la estación McMurdo y la de Wilkes en dos aerodeslizadores militares autoventilados.

Schofield pensó en la señal móvil de nuevo. Si se contemplaban en un mapa, las estaciones McMurdo, Wilkes y D'Urville conformaban algo similar a un triángulo isósceles. D'Urville y Wilkes, ambas en la costa, serían la base del triángulo. McMurdo, situada al borde de un enorme golfo formado por el mar de Ross, la cúspide.

La señal que el *Whistler Dos* había captado y que se dirigía hacia Dumont d'Urville había estado manteniendo una velocidad estable de cerca de sesenta y cinco kilómetros hora. A esa velocidad, probablemente se tratara de un aerodeslizador convencional. Quizá los franceses tenían a gente en la estación de D'Urville que había captado la señal de socorro de Wilkes, habían enviado ayuda y estaban regresando a la estación...

Schofield pulsó de nuevo su radio:

—Libro, ¿cuándo fue la última vez que captó la señal?

La radio le respondió de forma entrecortada:

—La última señal se obtuvo hace ocho minutos. Contacto mediante telémetro. Idéntica a la firma electrónica previa. Trazado consistente con el vector previo. Era la misma señal, señor, y hace ocho minutos se encontraba justo donde debería estar.

Con esas condiciones meteorológicas (vientos huracanados de ciento cincuenta kilómetros por hora que arrojaban la nieve a tal velocidad que esta caía horizontalmente), el barrido de radar convencional era inútil. Al igual que había

hecho la erupción solar en la ionosfera con las comunicaciones por radio, el sistema de baja presión en el terreno inutilizaba sus radares.

Preparados para cualquier eventualidad, los aerodeslizadores iban provistos de unas unidades montadas en el techo llamadas telémetros. El telémetro, colocado sobre una torreta giratoria, ejecutaba un lento movimiento de vaivén que formaba un arco de ciento ochenta grados y emitía un poderoso haz de luz conocido como «aguja». A diferencia de los radares, cuyo alcance lineal siempre se había visto limitado por la curvatura de la tierra, las agujas podían ir pegadas a la superficie de la tierra e inclinarse sobre el horizonte durante al menos otros ochenta kilómetros. En cuanto cualquier objeto «vivo» (cualquier objeto con propiedades químicas, animales o electrónicas) se cruzara en la trayectoria de una aguja, quedaría registrado. O, como al operador del telémetro de la unidad, el soldado José *Santa Cruz*, le gustaba decir: «Si hierve, respira o pita, el telémetro trincará a ese cabrón».

Schofield cogió de nuevo la radio:

—Libro, el punto donde desapareció la señal. ¿A cuánta distancia está?

—A unos ciento cuarenta y cinco kilómetros de aquí, señor —respondió la voz de Riley.

Schofield contempló la vasta superficie blanca que se extendía hasta el horizonte.

Al final dijo:

—De acuerdo. Compruébelo.

—Recibido —respondió Riley al instante. Schofield había pasado mucho tiempo junto a *Libro* Riley. Los dos hombres eran amigos de hacía años. De complexión robusta y atlética, Riley tenía el rostro de un boxeador: una nariz chata que se había roto demasiadas veces, ojos hundidos y cejas oscuras y espesas. Era muy popular en la unidad; serio cuando tenía que serlo, pero relajado y divertido una vez las situaciones de tensión habían concluido. Había sido el sargento de personal al mando cuando Schofield no era más que un joven y atontado teniente segundo. Posteriormente, cuando le dieron el mando de aquella unidad de reconocimiento a Schofield, Libro (por aquel entonces un respetado sargento de personal de cuarenta años que podía haber solicitado ser asignado al Estado Mayor del Cuerpo de Marines) había permanecido junto a él.

—Nosotros continuaremos hasta Wilkes —dijo Schofield—. Descubran qué ha ocurrido con esa señal y luego nos encontraremos en la estación.

—Recibido.

—El tiempo de seguimiento es de dos horas. No se retrasen. Y coloque el arco de su telémetro desde la cola. Si hay alguien ahí fuera detrás de nosotros, quiero saberlo.

—Sí, señor.

—Ah, Libro, una cosa más —dijo Schofield.

—¿Qué?

—Pórtese bien con los otros chicos, ya sabe.

—Sí, señor.

—Uno, corto —dijo Schofield.

—*Whistler Dos*, corto.

Y, tras eso, el segundo aerodeslizador se desvió hacia la derecha y aceleró en dirección a la tormenta de nieve.